

las gramáticas especulativas o filosóficas

jairo montoya gómez

"También surgió un doctor cuando seguíamos adelante. Ningún vivo podía hablar tan bien como él sobre temas de medicina y cirugía, porque, al basarse en la astronomía, vigilaba el planeta favorable de su paciente, y, por medio de magia natural, conocía cuáles eran las horas propicias y los grados planetarios para hacer encantamientos y efigies mágicas. La causa de cualquier enfermedad que tuvieras la sabía, y si era seca, fría, húmeda o cálida; conocía su sede, su humor y condición; era un perfecto médico profesional".

(Prólogo a *Los cuentos de Canterbury*).

* El autor es profesor en la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, Seccional de Medellín.

No es una simple metáfora la formulación del MUNDO como un gran texto. Tampoco debe ser un hecho incomprensible el que tal proposición figure como el compendio de toda una forma de interpretación de la realidad y de aquel modo de pensar que a partir de la llamada ciencia griega, sirvió de punto de referencia para la comprensión y tematización de la "Naturaleza" y que permanece monolíticamente latente hasta aquella época reconocida por la historia como el Renacimiento.

Es lógico suponer que no es una simple homogeneidad metódica y temática la que atraviesa estos diez y nueve siglos de nuestra cultura. No obstante, y a pesar de los variados matices que en este largo período se encuentran, la forma como el saber se pone en práctica en esta época, bien puede caracterizarse bajo la denominación de la Semejanza.

Astrología, Teratología, Alquimia, Cosmología, saber sobre las plantas y los animales, reflexiones so-

bre las enfermedades, teorías sobre los cuerpos físicos, o sobre las palabras, etc., tienen a su base esta forma de interpretación: "Allí donde las cosas se parecían, alguna cosa quería expresarse y podía ser descifrada" (1).

Identificar la Semejanza y luego "robarle" su secreto: he aquí las dos operaciones que resumen en su encuesta simplicidad todo el posible saber sobre los seres de la naturaleza. Tal es por ejemplo el marco de referencia de un sabio como Paracelso. Así lo describe Alexandre Koyré:

"Y de la misma manera 'imaginándolo', Dios creó el universo concibiendo las cosas en su imaginación; exteriorizando así su voluntad, su FIAT creó el mundo, es decir lo produjo y sacó de su propio seno, de sus esencias y

1. Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit., p. 140.

poderes eternos e increados. Por esto es por lo que el mundo y los seres pueden ser contemplados desde dos perspectivas distintas:

Primero, en sí mismo, como parte existente que expresa, mediante su configuración externa, su esencia individual; de ahí que cada cosa lleve en su exterior, en su cuerpo la "signatura" por la cual podemos juzgar las fuerzas y cualidades que encierra, lo que nos permite al inspeccionar, por ejemplo, una planta o un cristal, saber de antemano, por su 'signatura', sus propiedades médicas.

Segundo: también se puede enfocar el mundo entero como un único todo, como una sola 'signatura' del Creador que —Paracelso no puede pensar más que por analogías psicológicas u orgánicas— ha producido el mundo como su propio cuerpo, engendrándolo. Las cosas serán entonces 'miembros' del cuerpo del universo, lo que explica su armonía y concordancia" (2).

Emulación, simpatía, conveniencia y analogía, son las figuras hermenéuticas que bien pueden caracterizar el amplio espectro de significaciones y de concreciones que la Semejanza adquiere en los conocimientos de esta larga época, comportando cada una de ellas explicaciones diferentes de lo semejante (3).

La relación emulativa entre el rostro y el cielo, o entre la palabra y la cosa; la conveniencia entre el alma y el cuerpo o entre los astros y el hombre; la relación analógica entre el reino animal y el vegetal, o entre el macro y el microcosmos; en fin, la relación de simpatía entre las pasiones del hombre y los fenómenos de la naturaleza, son entre muchas otras, muestras de tal for-

2. Alexandre Koyré. *Místicos, espirituales y Alquimistas del siglo XVI alemán*. (Trad. de Fernando Alonso). Madrid: Akal editor. 1981, p. 92.

3. Una bella síntesis de la forma de operar de estas cuatro figuras, puede verse en M. Foucault. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit. Cap. I: "La prosa del mundo".

ma de saber que, a pesar de sus particularidades en el análisis y de sus posibles opciones o entrecruzamientos, miran el mundo implícita o explícitamente desde una misma perspectiva. He aquí algunos ejemplos:

La física sustancialista y cualitativa de Aristóteles forjó no sólo una interpretación de los fenómenos naturales, sino que generó todo un modo de pensar y de concebir el cosmos que permaneció casi intacto en su esencia hasta los albores de la ciencia moderna. Su interlocutor, —tardó ciertamente pues fue durante el Renacimiento que su pensamiento volvió a florecer—, fue la visión platónica del cosmos (4) cuyos planteamientos alentaron el debate sobre los fenómenos físicos desarrollados a lo largo del siglo XVI. Más en última instancia a dicha física aristotélica se acogió toda la ciencia árabe que empezó a filtrarse en el Cristianismo desde el siglo XII, y de ella se nutrió, interpretándola, acomodándola e incluso a veces tergiversándola, el planteamiento racional de aquellas verdades reveladas por la fe que eran susceptibles de demostración y que hasta comienzos del siglo XVII servían aún como marco de referencia para la comprensión del llamado Cosmos finito (5).

4. Cfr. sobre todo el texto de Alexandre Koyré "Aristotelismo y Platonismo", en *Estudios de historia del pensamiento científico*. Op. Cit., p. 16 sig.

5. Remitimos a la obra monumental de A. C. Crombie. *Historia de la Ciencia: de San Agustín a Galileo*. Dos tomos. (Trad. de José Bernia). Madrid: Alianza Editorial, 1979.

En ella se intenta dar cuenta del desarrollo del pensamiento científico desde el siglo V al XVII. Aún así la concepción histórica de Crombie haya sido motivo de polémica por parte de muchos historiadores de las ciencias, su trabajo abunda en datos informativos imprescindibles para un trabajo histórico. Es de él de donde tomamos los datos que nos sirven para ilustrar esta parte del trabajo.

Es bueno anotar no obstante la ausencia total de cualquier referen-

"De hecho, se puede considerar a Aristóteles como una especie de héroe trágico atravesando a zancadas el mundo de la ciencia medieval. Desde Grossetesta a Galileo, él ocupó el centro de la escena, sacudiendo las mentes de los hombres con la promesa mágica de sus conceptos, excitando sus pasiones y dividiendo sus lealtades. En último término, les obligó a volverse contra él como consecuencia efectiva de la clarificación progresiva de la empresa; e incluso les proporcionó, desde las profundidades de su propio sistema, muchas de las armas con que fue atacado" (6).

La astrología ptolemaica y la cosmología aristotélica, se disputarían también el privilegio de descripción de la organización del mundo. En torno a sus formulaciones, la ciencia medieval y el trabajo de Copérnico discutirían la explicación del mismo. No obstante el planteamiento geocentrista aparece como centro de referencia en torno al cual se intenta comprender el movimiento de los astros, y como marco conceptual para una representación de la finitud del universo (7).

Alrededor de 1144, cuando Roberto de Crester tradujo el *liber de compositione Alchemmie*, la alquimia árabe comenzó a penetrar en Europa occidental, complementando

cia a los estudios sobre el lenguaje. Al fin y al cabo el punto de partida es ya excluyente por sí mismo: "La historia de la ciencia —dice Crombie— es la historia de los sistemas de pensamiento sobre el mundo natural" (Tomo I, p. 17). Hecho por lo demás bastante significativo, máximo cuando es en esta época donde encontramos a la Gramática como la scientia fundamental de las scientiae que componen el Trivium.

6. A. C. Crombie. *Op. Cit.*, Tomo 2, p. 11.

7. Véanse: A. Koyré. *Estudios Galileanos*. Op. Cit., p. 7 sig.

A. Koyré. *Estudios de historia del pensamiento científico*. Op. Cit., p. 41 sig.

A. C. Crombie. *Op. Cit.* Tomo 1, p. 76 sig. Tomo 2, p. 11 sig.

así teóricamente la reflexión griega sobre las teorías de la materia que hasta el siglo XII sirvieron como marco de referencia para el tratamiento pragmático de los tintes, las pinturas, la fabricación de cristal y la manipulación de los metales preciosos.

Los cuatro elementos esenciales que se encontraban en las formas sustanciales de la región sublunar y que gracias a sus cualidades primarias por vías analógicas se complementaban, se oponían, se jerarquizaban y se combinaban, permitían ciertamente comprender la generación y concepción de las sustancias materiales y por ende, apresar los secretos ocultos de la naturaleza: agua, aire, fuego y tierra, configuraban los elementos cuyas cualidades primeras los determinaban de la forma siguiente: cálido y seco: el fuego; cálido y húmedo: el aire; frío y húmedo: el agua; frío y seco: la tierra; pero que era posible modificar a través de uniones, intercambios o mezclas entre ellas para producir y generar nuevas sustancias.

Acto de saber tan intrépido como éste que intentaba comprender los secretos de la naturaleza, el "mysterium, la prima materia elementorum, el limbus" (8), debía ciertamente aparecer subsumido en el esoterismo que siempre lo acompañó y amparado en toda esa práctica ritual que acabó instituyendo. Así lo constata Crombie:

"Los aspectos tanto mágicos como prácticos de la alquimia florecieron vigorosamente en occidente durante la baja edad media. La búsqueda de una fórmula por los alquimistas que pudiera proporcionar salud y eterna juventud, riquezas y poderes el origen de leyendas como la del Doctor Fausto, y la amplia publicidad dada a la alquimia más científica por los grandes enciclopedistas del siglo XIII dio origen, desde el siglo XIII al XVII, a un enorme número de manuscritos que pretendían la producción de oro. Al principio estaban escri-

8. Así aparece designado por Paracelso. Cfr. A. Koyré. *Místicos, espirituales...* Op. Cit., p. 101.

tos por hombres que poseían alguna instrucción, pero más tarde, durante los siglos XIV y XV, lo eran por miembros de todo tipo; como decía Tomás Norton, en *El ritual de la Alquimia* (hacia 1477), por 'picapedreros, caldereros y párrocos indigentes; sastres y vidrieros... y además, por toscos hojalateros'; y a menudo se atribuían a nombres como los de Alberto Magno, Roger Bacon, Arnau de Vilanova y Ramón Llull. De hecho en algunos momentos la práctica se hizo tan común que fue condenada por príncipes y prelados, alarmados por sus efectos sobre el valor del dinero" (9).

No muy distante de este saber alquimista estaba el conocimiento sobre los seres vivos; al fin y al cabo, tanto la anatomía como la fisiología y el saber sobre las plantas, revelan el mismo ámbito de comprensión de sus respectivos fenómenos. No sin razón puede Paracelso descubrir en cada uno de nosotros un sutil alquimista, un Arceus, pues

"la vida no es más que un proceso alquímico: ¿no hacemos alquimia al preparar los alimentos? ¿no somos alquimistas naturales al alimentarnos? ¿y la digestión, es algo distinto a una acción del mismo género que la producción del oro? ¿No hay en nuestro cuerpo un alquimista sutil que precede a todas las operaciones requeridas por el arte: putrefacción, transformación y que da salida a los desperdicios cagástricos?" (10).

Las funciones vitales respondían también a esta misma disposición: "Los tres espíritus (spiritus o pneu-

9. Crombie. Op. Cit. Tomo 1. pp. 129-130.

10. A. Koyré. *Místicos, espirituales...* Op. Cit., p. 105.

No deja de ser interesante el hecho de que para describir la generación, el siglo XVI utiliza si no un modelo al menos imágenes sacadas de dos actividades creadoras del hombre: la alquimia y el arte.

Véase François Jacob. *La lógica de lo viviente*, Op. Cit., p. 33.

ma) y los cuatro humores hipocráticos que se correspondían con los cuatro elementos", permitían por ejemplo a Galeno explicar el funcionamiento fisiológico del cuerpo; hasta el punto de que

"el equilibrio de estos cuatro humores —sangre, flema (o pituita, que se encuentra en el cuerpo pituitario), bilis negra (o melancolía, que se encuentra en el bazo) y bilis amarilla (que se encuentra en la vejiga biliar)— era necesario para el funcionamiento saludable del cuerpo; pero las mismas funciones vitales eran provocadas por la producción y los movimientos de los tres espíritus: el espíritu 'natural' del hígado, el espíritu 'vital' del corazón y el espíritu 'animal' del cerebro" (11).

En fin, no deja de ser también coherente el que la multitud de herbarios que proliferaron sobre todo a partir del siglo XII, tuvieran también el ámbito de la semejanza como perspectiva para sus conformaciones (12): contruidos al amparo de los poderes medicinales que en ellas se descubrían por las semejanzas con los órganos vitales afectados, duplicaban en toda su extensión el microcosmos del cuerpo humano; o conformados en base a las analogías con el reino animal, borraban cualquier posible separación entre los reinos de la naturaleza. No sin razón podía expresar Cardan que

"todas las partes de las plantas corresponden a las partes de los animales, las raíces se asemejan a la boca y las partes bajas del tronco al vientre, las hojas a los pelos, la corteza al cuero cabelludo y a la piel, la madera a los huesos, las venas a las venas, los

11. Crombie. Op. Cit. Tomo 1. p. 150.

12. Una bella página dedica Crombie a este aspecto en el tomo 1. P. 145 sig. y en el tomo 2, p. 234 sig.

Los monasterios medievales abundan en dichos herbarios, tal como lo ejemplifica la hermosa novela de Umberto Eco *El nombre de la rosa*.

nervios a los nervios, la matriz a ciertas entrañas" (13).

Quizá no haya saber más próximo al lenguaje que este saber sobre las plantas. Total "el juego de las fuerzas desconocidas se oculta detrás del lenguaje. Gracias a las palabras, el misterio de la naturaleza se desvela un poco, ya que en las mismas palabras reside una parte de las virtudes que ellas designan" (14). Así lo constata Crombie:

"Además del interés medicinal en identificar las plantas para usarlas como remedios, los médicos del siglo XVI compartieron con los lexicógrafos el interés humanista por identificar las plantas mencionadas en las obras impresas hacia poco de Plinio (1469), Aristóteles (1476), Dioscórides (1478) y Teofrasto (1483). Más de un naturalista humanista, de los que el suizo Conrad Gesner (1516-1565) es un ejemplo típico, comenzaron intentando encontrar e identificar en su propio país, con fines de crítica textual, las plantas y animales mencionados por los autores clásicos, y a partir de esto desarrollaron un interés por la fauna y la flora locales. El extraordinario interés que estaban suscitando los animales, plantas, piedras, entre estas personas a mediados del siglo XVI, se manifiesta por la enorme correspondencia sobre este tema, con descripción de expediciones locales y la transmisión de ejemplares, dibujos y descripciones, mantenida por Gesner y otros naturalistas. Pronto se constató que, como Alberto Magno y Rufinus ya vieron, existían otras criaturas además de las conocidas por los antiguos; las limitaciones clásicas se vieron desbordadas por la nueva flora, fauna, alimentos y medicamentos que llegaban a Europa

13. Cardan. *Les livres intitulés de la subtilité*. París: 1584, VIII, p. 196 b. Citado por F. Jacob. Op. Cit., p. 31.

El capítulo primero de este libro titulado "la estructura de lo visible", es una buena síntesis de lo que aquí queremos exponer.

14. F. Jacob. Op. Cit., p. 33.

desde el Nuevo Mundo y del Oriente. Se describieron entonces las plantas y animales y se los dibujó por su propio interés, y se les denominó en su mayor parte por sus nombres comunes vernáculos, sin referencia a los clásicos" (15).

La óptica bajo la cual fue tematizado el lenguaje, no debía ciertamente de estar distante de las que hasta aquí se han señalado. En un perfecto compendio de esta perspectiva, pudo muy bien recoger Francisco Sánchez de las Brozas a fines del siglo XVI la tradición de las Gramáticas latinas y las disputas de los modistas en torno a los modos de significación de las palabras. Y anclando el lenguaje en las cosas, esbozó así el eje central de los estudios sobre el lenguaje:

"En efecto, quienes sostienen que los nombres fueron hechos al azar son muy audaces; evidentemente son los que intentaban convencernos de que el orden y la arquitectura del mundo entero nació por azar y por casualidad. De muy buen grado declararía con Platón que los nombres y los verbos indican la naturaleza de las cosas, si él hubiese declarado esto solamente acerca de la primera de todas las lenguas. Así leemos en el Génesis 2.20: "Formados pues de barro todos los animales de la tierra y todos los volátiles del cielo, los condujo el Señor Dios a la presencia de Adán para que viera cómo los llamase: en efecto, todo lo que llamó Adán a alma viviente, ese mismo es el nombre de ésta". Puede uno ver que los nombres y las etimologías fueron sacadas de la misma naturaleza de las cosas en aquella primera lengua, cualquiera que ella fuese" (16).

Mimesis de la realidad, simulacro de las cosas, o más llanamente reproducción imitativa del mundo, el arte en su elaboración y en su tematización logró también plasmar

15. Crombie. Op. Cit. Tomo 2, p. 234.
16. Francisco Sánchez de las Brozas. *Minerva o de la propiedad de la lengua latina*. (Trad. de Fernando Rivera Cárdenas). Madrid: Ed. Cátedra S. A., 1976, p. 44.

esta forma de comprensión de la realidad. Alegórica por excelencia, la actividad artística hasta muy entrado el renacimiento cifró su poder en ser una perfecta analogía: de la plástica a la literatura, pasando por la música y el teatro, las diversas manifestaciones artísticas persiguieron la belleza, la perfección y la armonía como ideales perfectos que le posibilitaban reproducir la grandiosidad del macrocosmos en sus representaciones, y cuyos legados grandiosos testifican aún hoy a sus artistas como verdaderos émulos de la creación divina (17).

Inmensa superficie de inscripción, la naturaleza en toda su extensión plantea por lo tanto un problema de base para cualquier conocimiento posible: el de sus SIGNATURAS.

17. Sólo queremos hacer referencia a unos pocos trabajos que ilustran lo que aquí hemos dicho:

Erwin Panofsky. *Idea. A concept in Art Theory* (Trad. del alemán por Joseph J. S. Peake) N. Y.: Harper and Row. Publishers, Inc. 1968.

Erwin Panofsky. *Arquitectura gótica y Pensamiento escolástico*. (Traducción de Julia Varela y Fernando Alvarez-Uría) Madrid: las Ediciones de la Piqueta. 1986.

Erwin Panofsky *Estudios sobre iconología*. (Trad. de Bernardo Fernández). Madrid: Alianza Ed. S. A. 1972.

Pierre Francastell. *Pintura y sociedad*. (Trad. de Elena Benarroch) Madrid: Ed. Cátedra. S. A. 1984.

Arnold Hauser. *Historia social de la literatura y el arte*. Tomo I. (Trad. de A. Tobar y F. P. Varas Reyes). Barcelona. Ed. Labor, 1983.

Herbert Read. *Imagen e idea*. México: Breviarios Fondo de Cultura Económica, 1978.

Los trabajos de Platón, Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Leonardo y Miguel Ángel entre otros, nos permiten rastrear modalidades diferentes de este carácter analógico del arte y de las cuales se desprenden conceptos como el de imitación, apariencia, mimesis, belleza, concinias, perfección, etc., tan importantes en la estética en esta época.

Si evidentemente el mundo es un texto, es necesario que esté escrito en marcas legibles que adviertan el conocimiento de sus seres, pues sin ellas la formulación de lo semejante se torna imposible. En su *Tractatus de signaturis* así lo advierte Crollins: "¿No es verdad acaso que todas las hierbas, plantas, árboles y demás que provienen de las entrañas de la tierra, son otros tantos libros y signos mágicos" (18). Y en forma expresa lo formula Parascelso para quien el "universo entero no es más que un libro donde podemos leer y que expresa la realidad astral" (19); y que como máxima gnoseológica orienta la concepción de los fenómenos físicos al postular que la naturaleza está escrita en símbolos descifrables.

Señalamiento en la superficie de las cosas de las similitudes ocultas que ellas guardan, tal es el papel desempeñado por estas signaturas. Dígalos si no la forma externa de las plantas que se asemeja a la forma del órgano humano enfermo y que señalando de esta manera la similitud oculta entre ambos, instala el saber curativo de la primera respecto al segundo; o la disposición arquitectónica de una catedral que ha de ser el compendio simbólico de la cristiandad para ser perfecta y que en cada uno de sus elementos ha de plasmar un signo visible del Cristianismo.

No hay pues semejanza alguna posible sin signatura visible. Y si dicha semejanza es esta forma oculta e invisible de lo que en el fondo de la naturaleza hace que las cosas sean visibles, la marca como signatura no es más que la forma de hacer palpable tal similitud. Pronunciar o escribir tales marcas, "acaba por dar en cierta medida, acceso a los secretos que entrañan, del mismo modo que observar las semejanzas, abre el camino al conocimiento de las cosas" (20).

18. Citado por M. Foucault. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit., p. 35.

19. A. Koyré. *Místicos, espirituales*. Op. Cit., p. 81.

20. F. Jacob. Op. Cit., p. 33.

Quizá no haya otra época en nuestra cultura en la cual el conocimiento de la realidad posea las connotaciones de un verdadero problema de lectura: conocer es por una parte registrar cuidadosamente ese mundo de signaturas y por otra, intentar descifrarlas. Y no sin razón el Registro y el Desciframiento aparecen como las estrategias de un saber que define los proyectos investigativos de muchas teorías que hoy reconocemos ya como científicas, y sobre todo, como espacio de comprensión de una plétora de nociones cargadas de un contexto exegético lleno de erudición como luego veremos.

Registro de signaturas visibles y desciframiento de su significación oculta. He aquí definido el valor singular de tales marcas como verdaderos signos. Si en efecto, "algo significa en la medida en que tiene semejanza con lo que significa", es porque la semejanza permite constituir a algo en signo, de tal manera que la "signatura y lo que designa, son exactamente de la misma naturaleza; sólo obedecen a una ley de distribución diferente (pues) el corte es el mismo" (21).

Si tal forma de concebir las signaturas se halla presente en la constitución de los diferentes saberes, los textos Gramaticales y los múltiples enunciados sobre el lenguaje, avalan no obstante con creces esta aseveración respecto al poder analógico de los signos. De Platón al Brocense, pasando por Aristóteles, los Estoicos, los Gramáticos latinos, la tradición agustiniana y las teorías de los modistas, el lazo analógico entre las palabras y las cosas ocupa buena parte de la argumentación en torno al lenguaje, con todos los matices que un análisis detallado sobre este aspecto puede muy bien sacar a luz, pero que en el fondo reposan sobre el mismo fundamento.

No en vano las palabras que Amado Alonso dedica a Antonio de Nebrija, pueden aplicarse sin extrapolarlas a todas estas reflexiones sobre el lenguaje que se prolongan hasta mediados del siglo XVII:

21. M. Foucault. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit., p. 37.

"Los conceptos del entendimiento responden a las cosas, las palabras responden a los conceptos del entendimiento, los sonidos responden a las palabras que forman y las figuras de las letras son imágenes de los sonidos. Dicho de otro modo, entre el significante y el significado, entre la letra y el sonido existe (en su origen) una relación de naturaleza, no de mera convención. Esto es algo más que una de las respuestas al viejo pleito socrático (Cratilo); es la herencia de la filosofía escolástica que, buscando la armonización universal de todos los conocimientos, veía la instancia última del lenguaje no en la justificación de las formas por sí mismas, sino en la adecuación entre el lenguaje y la realidad; en la verdad que tiene siempre su base en Dios" (22).

Efectivamente, el lazo analógico de la forma designante a la forma designada, no sólo garantiza la eficacia y el funcionamiento del signo como punto intermedio entre las cosas y el pensamiento, sino que instala en el corazón mismo del saber las modalidades de conocimiento posibles de desarrollar. Veamos:

Si "aquel conjunto de conocimientos y técnicas que permiten que los signos hablen y nos descubran sus sentidos" es lo que conocemos hoy como hermenéutica, vale decir desciframiento de los signos, y si "aquel conjunto de conocimientos y técnicas que permiten saber dónde están los signos, definir lo que los hace ser signos, conocer sus ligas y las leyes de su encadenamiento" es lo que podemos designar como semiología, bien podemos afirmar que, dada la naturaleza asignada aquí al signo, la semejanza es la que define la hermenéutica, y la signatura es la que especifica la semiología; sólo que ambas se encuentran superpuestas, en tanto buscan el sentido de las cosas (hermenéuti-

22. Citado por Antonio Quilis "Labor científica de Antonio de Nebrija"; en Antonio de Nebrija. *Gramática de la lengua castellana*. (Ed. preparada por Antonio Quilis.) Madrid. Editora Nacional, 1980, p. 54.

ca), no es más que sacar a luz lo que se asemeja (semiología) (23).

Conocer es pues interpretar; es decir, pasar de la marca visible a lo que se dice a través de ella. No sin razón afirma Parascelso: "No hay montaña tan vasta que esconda a la mirada del hombre lo que contiene; esto le es revelado por los signos correspondientes" (24). Y no sin razón la Divinatio y la Eruditio delimitan claramente el espacio en el cual se mueve el saber:

Una hermenéutica que descansa en la semejanza, tiene ciertamente como programa a desarrollar el establecimiento de un vasto campo de analogías que remiten a ese "secreto" escondido que es necesario desentrañar. Analogías fantásticas (25) y poderes mágicos en la naturaleza, llenan volúmenes enteros de la "scientia" de esta época, amparadas en el respeto a la tradición escrita y a la "autoridad" de los maestros como pilares garantes del conocimiento.

Dígalos si no, esta bella argumentación que se encuentra en un texto anónimo del siglo IX en torno a un tema de lenguaje: "El verbo tiene tres personas. Sostengo yo que esto ha sido inspirado por Dios para que nuestra creencia de la trinidad se refleje incluso en las palabras" (26); o la forma como el Abad Esmagardo, por la misma época, "probaba" la existencia de ocho partes en la oración:

"Unos han afirmado que las partes de la oración son más de ocho, otros menos. Pero la Iglesia, extendida por el mundo, sólo comprende ocho. Yo estoy convencido de que esto obedece a inspiración Divina. Como por el conocimiento del latín los elegidos llegan los primeros a la creen-

23. Ver M. Foucault. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit., p. 38.

24. Citado por M. Foucault. *Idem*. pp. 40-41.

25. Como aquellos que denuncia abiertamente el Brocense en los autores antiguos. Ver. Op. Cit., pp. 44-51.

26. Citado por H. Arens. Op. Cit. Tomo 1. p. 57.

cia en la Trinidad y bajo su guía caminan a la patria Celestial por el camino real, era necesario que la lengua latina fuese completa con este número de partes. También se encuentra frecuentemente el número ocho en los libros santos como número sagrado" (27).

Y de la misma manera Casiodoro en su *Institutio Divinarum Litterarum* al planificar la enfermería para su monasterio, podía aconsejar lo siguiente:

"Aprended por tanto, la naturaleza de las hierbas y estudiad el modo de combinar varias especies... y si no sabéis leer griego, leed sobre todo traducciones del Herbarium de Dioscórides que describió y dibujó las hierbas del campo con maravillosa exactitud. Leed después traducciones de Hipócrates y Galeno, en especial la *Terapéutica* y el *De Medicina* de Aurelio Celso y el *De Herbis et curis* de Hipócrates, y otros libros escritos sobre el arte de la medicina, que con la ayuda de Dios he podido conseguir para nuestra biblioteca" (28).

Hipócrates, Platón, Aristóteles, Euclides, Arquímedes, Dioscórides, Galeno, Varrón, Prisciano, Scaligero, Plinio, Boecio, Isidoro de Sevilla, Beda, Alcuino y Rabano Mauro entre otros, se disputan en sus distintos saberes la primacía de su autoridad, y sobre las recopilaciones de sus escritos y el comentario de sus enseñanzas, misión realizada gracias a la labor de los monasterios en los cuales aparecieron los primeros centros de enseñanza en esta época, se hace descansar el conocimiento científico desde muy entrado el siglo VII (29).

27. *Idem*.

28. Citado por Crombie. Op. Cit.

29. Ver la excelente síntesis de las Fuentes principales de la ciencia antigua en el mundo cristiano occidental entre 500 y 1300", que elabora Crombie en el tomo 1., p. 48 sig.

Sobra insistir en la importancia de las escuelas de traducción de Sicilia y Toledo, que no sólo extendieron la ciencia Árabe a Occidente, sino que "recuperaron" muchas de las obras aquí mencionadas.

Incluso:

"las doctrinas básicas de la ciencia medieval —dice Crombie— se desarrollaron casi enteramente dentro del contexto de las discusiones académicas basadas en algunas de sus etapas y en mayor o menor grado, en las obras utilizadas en la enseñanza universitaria. Los comentarios y las cuestiones sobre los temas tratados en esas obras podían haberse alejado mucho de los originales de Aristóteles, o Ptolomeo, o Euclides, o Alhazen o Galeno; sin embargo no se separaban de ellos" (30).

No es de extrañar que tales formas de conocimiento —la Divinatio y la Eruditio— nos sitúen ante el carácter pletórico y absolutamente pobre del saber. Pletórico porque definir límites a tal conocimiento es casi imposible: el juego de las semejanzas que se reenvían unas a otras en forma casi indefinida, hacen del saber un "acumular" conocimientos. Así por ejemplo, la *Historia Natural* de Plinio "citaba casi 500 autoridades. Comenzaba con el sistema general de la Cosmología, pasaba luego a la Geografía, Antropología, Fisiología y Zoología, Botánica, Agricultura y Horticultura, Medicina, Mineralogía y Bellas Artes" (31).

Si nos remitimos a la *Historia serpentum et draconum* de Aldrovandi, se verá que el capítulo "De la serpiente en general", se

"despliega sobre las rúbricas siguientes: equívoco (es decir, los diferentes sentidos de la palabra serpiente), sinónimos y etimologías, diferencias, forma y descripción, anatomía, naturaleza y costumbres, temperamento, coito y generación, voz, movimientos, lugares, alimentos, fisonomía, antipatía, simpatía, modos de captura, muerte y heridas por serpientes, modos y señales de envenenamiento, remedio, epítetos, denominaciones, prodigios y presagios, monstruos, mitología, dioses a los que está consagrada, apólo-

30. Crombie. Op. Cit. Tomo 2, p. 108.

31. Crombie. Op. Cit. Tomo 1. p. 25.

gos, alegorías y misterios, jero-glíficos, emblemas y símbolos, adagios, monedas, milagros, enigmas, divisas, signos heráldicos, hechos históricos, sueños, simulación y estatuas, usos en la alimentación, usos en la medicina, usos diversos" (32).

Y si miramos la proliferación de Thesaurus y diccionarios de las lenguas que aparecieron durante el siglo XV y buena parte del XVI, constatamos que, inscritos en la tradición de las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, todos ellos obedecieron al mismo proyecto. No deja de ser sorprendente por ejemplo el hecho de que las etimologías del *Tesoro de la lengua Castellana* escrito por Sebastián de Covarrubias hacia 1611, además de la descripción de la procedencia de las palabras y de sus usos, abundan en detalles que si bien poco tienen que ver con la etimología, "engrosan" no obstante el saber del filólogo (33), y poco tengan que envidiarle a las obras de los naturalistas de su época.

Mas a la vez, este carácter pletórico permite explicar el alcance de tal conocimiento, pues en el fondo, el envío de una semejanza a otra abre un campo indefinido en el saber: entre las cosas y sus marcas, es la mirada avisora la que puede determinar su pertenencia, máxime cuando esta relación analógica, homogénea por excelencia, no necesita ni de las "observaciones científicas" ni de los criterios de validez para su pertinencia.

Así sintetiza Ernst Cassirer lo que aquí afirmamos:

"Al procurar un fundamento metafísico a esta función analógica se procura determinarla con mayor precisión. La conclusión teórica de la analogía tiene su raíz en la unidad esencial de todos los seres y sin ella sería inconsistente. Todo concebir, todo inferir mediato se remonta, a la postre, a un acto originario de la sensación, acto en el cual nos

aseguramos que nuestro modo de ser común nos relaciona con todo lo que es. También la doctrina de la naturaleza de Cardano está completamente dominada por esos juegos analógicos del pensamiento a los que por cierto considera algo más que eso ya que para él representan un concebir intuitivo e inmediato del conjunto de la naturaleza. Así por ejemplo, los metales no son sino *plantas sepultas* que desarrollan su existencia bajo tierra; las piedras cumplen su desarrollo, su crecimiento y alcanzan su madurez. Esta concepción no sólo admite la magia, sino que precisamente la demanda, pues ve en ella el verdadero remate de toda ciencia de la naturaleza. Cuando Pico en sus novecientas tesis y en la *Apología* —obra que compuso para defender esa tesis de la acusación de herejía— define la magia como la suma de toda la sabiduría sobre la naturaleza y como la parte práctica de toda ciencia natural, expresa con ello la convicción general de la filosofía del Renacimiento. Para ella la magia representa el aspecto activo del conocimiento de la naturaleza; los distintos elementos que éste reconoce teóricamente como afines, como pertenecientes a un todo, son efectivamente enlazados entre sí y llevados a una meta común por la magia. De modo que ésta no obra propiamente milagros y sólo presta apoyo, como diligente servidora a las fuerzas vivas de la naturaleza. "Sondea el conjunto del universo que los griegos llaman *simpatía*; llega a la comprensión de la esencia de todas las cosas, extrae del seno de la tierra y de sus misteriosas reservas las maravillas ocultas y las hace salir a la luz como si ella misma las hubiera creado. Así como el Labrador une el olmo a la vid, el mago enlaza cielo y tierra y pone en contacto el mundo inferior con las fuerzas del superior" (34).

No obstante un concepto clave pone cota a este juego indefinido de semejanzas: el concepto de microcosmos.

Alexandre Koyré en la introducción de su libro *Del mundo cerrado al universo infinito* describe la concepción del mundo imperante en esta época como un

"todo finito, cerrado y jerárquicamente ordenado, un todo en el que la jerarquía axiológica determinaba la jerarquía y estructura del ser, elevándose desde la tierra oscura, pesada e imperfecta, hasta la mayor y mayor perfección de los astros y esferas celestes" (35).

Efectivamente una tal concepción del mundo como microcosmos, desempeña un doble papel: aparece por una parte como una categoría del pensamiento en tanto aplica a todo el saber la figura de la semejanza (36), asegurando en una escala superior la analogía de la cosa investigada; y por otra, aparece como una configuración general de la naturaleza, vale decir como una forma de concebir el mundo que como tal, impone límites al conocimiento pletórico e ilimitado del mismo. Así lo encontramos ya en la física y la cosmología griega, así lo fundamenta como mundo creado todo el planteamiento de la filosofía escolástica y así lo hallamos en varios trabajos de astronomía de comienzos del siglo XVII, aún a pesar de que la experiencia estética renacentista hubiese ya empezado a vislumbrar su quiebre con el advenimiento de la perspectiva y la puesta en obra de un espacio infinito (37).

35. Alexandre Koyré. *Del mundo cerrado al universo infinito*. (Trad. de Carlos Solís S.). México: Siglo XXI. Ed. S. A. 1979.

36. Véase M. Foucault. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit., p. 39.

37. Así lo han desarrollado entre otros, los trabajos de: Pierre Francastell. *Pintura y sociedad*. Op. Cit.
E. Panofsky. *La perspectiva como forma simbólica*. Op. Cit.

32. M. Foucault. *Las palabras y las cosas*. Op. Cit., p. 47.

33. Ver la reseña que hace H. Arens de estos trabajos, en el tomo 1 de su obra citada.

34. Ernst Cassirer. *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*. (Trad. de Alberto Bixio). Buenos Aires: Emecé editores S. A. 1951, pp. 189-190.

Este amplio contexto que hemos intentado esbozar en torno al saber, es el que nos permitirá ubicar la concepción del lenguaje que hasta comienzos del siglo XVII, no sólo prevaleció sino que dio lugar a las llamadas Gramáticas Especulativas o filosóficas, posibilitando por ende que su estudio apareciera incluso como "scientia", base de todo el conocimiento.

Decir que el lenguaje es un sistema de signos bien naturales o bien contruados por una convención explícita entre los hombres, es sólo indicar una parte de lo que esta época designa como lenguaje, pues cuando más este aspecto señala las dos opciones posibles que se encuentran cuando se caracteriza al lenguaje como un problema de designación. Así lo constatan ya tanto el diálogo *El Cratilo*, o de la exactitud de las palabras de Platón, y el *De Interpretatione* de Aristóteles, en donde se encuentran enunciadas y desarrolladas ambas opciones; y así perduran como alternativas teóricas incluso hasta fines del siglo XVI (38).

No sin razón afirma Sánchez de las Brosas:

"Puede uno oír a los filósofos quienes prueban con firmeza que nada sucede sin causa, a Platón mismo, que afirma que los nombres y los verbos existen por naturaleza, que sostiene que la lengua toma su origen en la naturaleza, no en el arte. Sé que los

38. Véanse: Platón. *El Cratilo o de la exactitud de las palabras*; en *Obras completas*. Madrid: Aguilar S. A. 1972.

Aristóteles. *De la interpretación*; en *Obras completas*. Madrid: Aguilar S. A. 1973.

Quizá sea la función designativa la que ocupe durante esta época la atención prioritaria frente a las otras funciones dentro de los estudios del lenguaje. Y quizá sea también este hecho el que explique el contexto general del tratamiento dado a su estudio, como luego veremos. Para un desarrollo de este punto, remitimos al trabajo de Gilles Deleuze. *Lógica del sentido*. (Trad. de Angel Abad). Barcelona: Seix Barral, edit. S. A. 1971, p. 23 sig.

aristotélicos piensan de otro modo, pero nadie negará que los nombres son como instrumentos de las cosas y señal de ellas; pero un instrumento de cualquier arte se ajusta de tal manera a aquella arte, que parece que es inapropiado para todos los demás... Por tanto, es probable que quienes pusieron nombre a las cosas en primer lugar, hicieron esto después de deliberar. Creería que Aristóteles entendió esto cuando dijo que los nombres tienen su significado según el parecer" (39).

Muy por el contrario, la dimensión dada aquí al lenguaje saca a flote otro aspecto más fundamental: enraizado en el mundo y depositado en él, acaba también formando parte del cosmos, pues gracias a sus signos la naturaleza de las cosas se hace visible y su significado se revela inteligible.

Al lado de otros seres, y en tanto participa de tal privilegio apofántico, él es ese inmenso conjunto de nombres que, al igual que las cosas, es necesario descifrar. No sin razón Diodoro de Sicilia en su *Biblioteca de la historia* supone que al principio las voces de los primeros hombres "serían indistintas y confusas. Pero poco a poco habrían articulado sus expresiones, comunicándose ciertos signos para cada objeto y familiarizándose con la exteriorización lingüística de todos los objetos" (40).

Así lo constata también San Agustín en su obra *De Doctrina Christiana*:

"unos signos —dice— son naturales; otros son deliberadamente arbitrarios (data). Los signos naturales son aquellos que, sin propósito o intención de significar nada exterior a ellos, permiten conjeturar alguna otra cosa... Los signos conscientemente dados, son aquellos que todos los hombres se hacen para, en la medida de lo posible, mostrar todo lo que les sucede" (41).

39. Francisco Sánchez de las Brosas. Op. Cit., pp. 43-44.

40. Citado por Arens. Op. Cit. Tomo 1. p. 35.

41. *Idem*. p. 54.

Y más adelante señala el hecho de que

"los signos que se dirigen al oído son, como queda dicho, los más numerosos, principalmente en palabras... O sea que las palabras han conquistado entre los hombres la primacía para la designación de todos los procesos síquicos que desean expresar. La gran cantidad de signos con los que los hombres comunican sus pensamientos, consisten en palabras" (42).

Aún más; este mismo carácter apofántico es el que explica la fina elaboración de los Modistas en torno a la configuración ternaria de los signos del lenguaje y que prolonga punto por punto la concepción estoica de los mismos: La palabra, "modus significandi" que significa un "modus intelligendi" que designa a su vez un "modus essendi" de las cosas, adquiere ciertamente su razón de ser en tanto está anclada en las cosas.

Así lo enuncia bellamente Tomás de Erfurt en su *Gramática Especulativa*:

"Cuando el entendimiento impone un significado a una voz, bajo algún modo activo de significar, tiene en cuenta la propiedad de la cosa, de la cual originariamente extrae el modo activo de significar; porque siendo el entendimiento una facultad pasiva, de sí indeterminada, no pasa a un acto determinado, a no ser que sea determinado de otra parte. De ahí que cuando impone un significado a una voz bajo un determinado modo activo de significar, es movido necesariamente por una propiedad determinada de la cosa; por lo tanto, a cualquier modo activo de significar, corresponde alguna propiedad o modo de ser de la cosa" (43).

42. *Idem*. p. 55.

43. Tomás de Erfurt. *Gramática especulativa*. (Trad. de Luis Farré). Buenos Aires: Ed. Losada, 1947. Cap. III, 6. p. 40.

Véase Curzio Chiesa. "Les modistes et les fondements de la Grammaire" en *Revue de Métaphysique et de Morale*. 86 Année. N° 2. Avril-Juin. 1981. p. 203 sig.

Y así lo desarrolla Sexto Empírico en su obra *Adversus mathematicos*:

“Hubo entre ellos diversidad de opiniones, defendiendo unos el punto de vista de que lo verdadero y lo falso reside en lo significado, otros en la palabra, y otros en el proceso cognoscitivo. Los Estoicos defendieron la primera interpretación diciendo que el significado (to semainomenon), el significante (to semainon) y el objeto (to tugranon) se unen entre sí de tres maneras. En efecto, el significante es la imagen fónica (n' foné), como por ejemplo Dios, el significado es la cosa misma expresada por la imagen fónica (Deloumenon), cosa que nosotros aprehendemos pensando simultáneamente en lo que se representa y en la imagen fónica, pero los extranjeros no la aprehenden aunque oigan el sonido; finalmente, el objeto es lo que existe fuera de nosotros, como por ejemplo Dios en persona. De estos tres conceptos, dos son materiales (somata) o sea la imagen fónica y el objeto, y el tercero es inmaterial, es decir la cosa designada y enunciada (lectón) que puede ser verdadera o falsa” (44).

Tal ámbito de comprensión del problema del lenguaje es el que permite entonces entender por qué su tematización fue tarea no sólo de los llamados Gramáticos, sino también de filósofos, teólogos, historiadores, lógicos y literatos. En tanto su problemática tocaba de raíz el problema de la comprensión de la realidad, su autonomía teórica tenía que ver más con temas particulares a tratar que con la existencia de una única disciplina que lo tuviera como objeto de análisis.

“El origen de la historia de las Gramáticas en occidente es incierto, pero se encuentra ya en los sofistas, Platón, Aristóteles y los Estoicos, elementos de técnica gramatical, investigaciones relativas al arte del gramático, y esquemas de una reflexión filosófica relativas a la gramática como tal” (45).

Fue ciertamente Dionisio Tracio (siglo I. A. C.) el autor de la primera Gramática aparecida en occidente, como lo señala Hans Arens; pero “con reservas se dice aquí autor, y no ‘creador’, pues sólo una mínima parte de la obra debe ser fruto de su propia investigación” (46). En efecto, la tradición filológica y filológica de la cultura greco-romana que habían ya delineado aspectos fundamentales en los fenómenos del lenguaje, se halla presente en su intento de síntesis. Y estos mismos aspectos pueden también rastrearse en las diferentes definiciones de la Gramática que hasta el medioevo, poseen las siguientes características invariantes:

En primer lugar, las definiciones de la Gramática la estipulan —casi que sin excepciones— como ciencia de la letra. No era de extrañar; el mismo significado etimológico de la palabra gramática (gramma: letra), así lo pone de presente, incluso ya desde Platón quien afirma en su diálogo el *Filebo* que, comprobando que ninguno de nosotros

“era capaz de aprender una cualquiera de entre ellas —las letras— desgajada de todo el conjunto. (el Dios egipcio Thot) consideró esta interdependencia como un lazo único que hace de todas ellas una unidad, y les asignó una ciencia única que denominó arte Gramatical” (47).

Es este el sentido dado a la Gramática por Dionisio Tracio cuando la considera como el “conocimiento del uso normal de la lengua de los poetas y escritores” (48), o por Petrus Haelius al definirla en su *Summa Grammaticae* como “ciencia de hablar y escribir correctamente” y cuyo cometido es “disponer de manera armónica las letras en sílabas, las sílabas en palabras y las palabras en oraciones y pronunciarlas correctamente con el fin de evitar solecismos y barbarismos” (49). Y es también este el contexto en el

46. Arens. *Op. Cit.* Tomo 1. pp. 38-39.

47. Platón. *El Filebo*. *Op. Cit.* p. 1224.

48. Arens. *Op. Cit.*, Tomo 1. p. 39

49. *Idem*. p. 58.

cual Antonio Nebrija escribe la primera gramática de la lengua castellana.

“En sus obras —dice Antonio Quilis— encontramos dos definiciones distintas: una en la *Gramática*, considerándola como “arte de las letras (fol. 4, r); otra en las *Introductiones*, donde al principio de los erotemas dice: ‘¿Quid est grammatica? Scientia recte loquendi, recteque scribendi ex doctissimorum virorum usu atque auctoritate collecta’. Y continúa: “Unde dicitur, grammatica? A grammatis, hoc est, a litteris, quasi scientia literaria” (Lib. III, 1).

En estas definiciones se plasman dos criterios distintos: por un lado, el de la Tekné Grammatiké, es decir, la ciencia que tiene como base el conocimiento de las letras (grammata) y lo que ellas representan. De ahí derivan los términos de litteris y luego de litteratura, scientia literaria con el significado de ‘grammatica’; es decir, el latino litteratura sería una transposición del griego grammatiké. La otra definición (scientia recte loquendi), etc., es la corriente entre los gramáticos latinos; a ella se añade el concepto de autoridad para fijar la norma, también utilizado en las obras gramaticales de la época latina” (50).

Arte o ciencia de la letra, la Gramática tendrá pues como objetivo el “enseñar a reconocer esos signos (lectura), a combinarlos de manera correcta (escritura), pero también a corregir, comprender y comentar los textos de los hombres ilustres” (51).

Se comprende así por que de las primeras gramáticas latinas a los tratados medievales y modistas sobre el lenguaje, se constata la presencia de una segunda constante en su estructura teórica: Scientia de la palabra, la gramática ha de ser una disciplina que enseñe la lengua a partir de la literatura. Y por ello los textos de los autores clásicos figuran no sólo como modelos de imitación, sino incluso como condición de posibilidad de esta ciencia de la palabra. Abundan así las referencias a los clásicos como principio de

50. Antonio Quilis. *Op. Cit.* pp. 20-22.

51. C. Chiesa. *Op. Cit.* p. 195.

comprobación y prueba de los argumentos teóricos esbozados, como formas de ejemplificación de los mismos e incluso como punto de partida para su formulación (52).

Varrón, Prisciano, Diómedes. Donato, Boecio, Quintiliano, Isidoro de Sevilla, Scalígero, Nebrija, El Brocense, entre otros, así lo testifican; pues sus trabajos duplican en cadena cronológica las argumentaciones dadas por sus predecesores, centrando su saber la mayoría de las veces en el fino comentario de sus enseñanzas: Divinatio y Eruditio puestas en obra en el ámbito de los estudios del lenguaje.

He aquí algunas definiciones de Gramática que corroboran esto:

Diómedes:

“Grammaticae officia, ut adserit Varro, consistunt in partibus quatuor: lectiones, enarratione, emendatione, iudicio”.

Séneca:

“Grammaticus circa curam sermonis versatur, et, si latius evagari vult circa historias, iam ut longissimi fines suos proferat, circa carmina”.

Isidoro de Sevilla:

“Grammatica est scientia recte loquendi, et origo et fundamentum liberalium litterarum”.

Hugo de San Víctor:

“Grammatica est scientia recte loquendi, secundum liberalium litterarum instituta, quae in disciplinis post litteras communes inventa ceteris regula facta est et origo”.

Perus Heliae:

“Secundum Prescianum, Grammatica est scientia recte scribendi, recta scripta intelligendi, recta inte-

52. Véanse: Gasperis Sciopii. “de veteris ac novae grammaticae latinae origine, dignitate et usu” en *Grammatica philosophica*. Apud Judocum Pluymer Bibliopolam propter Curiam sub signo senecae. 1639. 1**., 2*.

Gerardi Joannis Vossii. *De arte grammatica libri septem*. Amsterdami 1635 apud Guillerum Plaev. p. A. sig.

lecta pronunciandi. Grammatica ergo est scientia gnara recte scribendi et recte loquendi. Gnarus dicitur peritus” (53).

Ciertamente Francisco Sánchez de las Brosas es uno de los primeros autores que cuestionó el apoyo en el principio de autoridad como forma de argumentación de los estudios gramaticales y que puso el acento en la búsqueda de causas razonables para explicar ciertos hechos lingüísticos. No obstante su crítica está enmarcada en el mismo contexto aquí esbozado. Dígalo si no, el siguiente texto:

“De mala gana reuní tan numerosos ejemplos para ciertos impertinentes que, cuando rechazan las causas en la Gramática, piden insistentemente sólo los testimonios de los maestros. Acaso no leyeron a Quinct. 1. 6, que escribió que la lengua consta de razón, antigüedad, autoridad y uso? Así pues él no excluye la razón, sino que la enumera en primer lugar; como si aún en sus majaderías no intentasen constantemente Lorenzo y los otros gramáticos mostrar las razones tal como ellas mismas son. Finalmente, el uso no se cambia sin la razón; de no ser así, abuso se ha de llamar, no uso. La autoridad tomó su origen en el uso; cuando se aleja de él, deja de ser autoridad, por esto Cicerón reprendió a Celio y a Marco Antonio, porque hablaban según su parecer y no según el uso. Como dice Curtio, 4: ‘Nada puede ser duradero que no tenga en el fondo una razón’. Lo que resta es pues, que se muestre en primer lugar la razón, y después si se pudiera hacer, añadir los testimonios, para que el asunto, de perfecto, llegue a ser más claro” (54).

Según esto, tres aspectos fundamentales pueden reconocerse en los estudios gramaticales:

En primer lugar, la Gramática aparece como conjunto de reglas para la expresión y la escritura correctas: “Propie vero grammaticae

53. Tomado de Curzio Chiesa. *Op. Cit.* pp. 196-197.

54. Francisco Sánchez de las Brosas. *Op. Cit.* p. 45.

est ars legendi et scribendi. Nam antiquissimus temporibus tantum legere scribereque discebant, eaque sola grammaticae nomine intelligebant” dice Gerardi Joannis Vossii (55). “La Gramática es el ars, ‘arte’ de hablar correctamente. Cuando digo ‘ars’, entiendo disciplina, ‘enseñanza’ pues el conocimiento se adquiere en el que aprende por medio de la enseñanza que recibe”, dice El Brocense (56).

En segundo lugar, la Gramática se estructura como disciplina propedéutica, vale decir, como una filología hermenéutica cuyo trabajo incluye “la explicación de los eventuales giros poéticos, la transmisión de las glosas y ejemplos metodológicos, la investigación de la etimología y el examen crítico de los poemas, la parte más interesante de esta ciencia” (57).

Y por último, “para realizar plenamente su función de norma expresiva del saber, la Gramática debe igualmente atacar todo aquello que marque una desviación con relación a la regla que ella determina”, imponiendo por tanto un dispositivo de censura tal como lo enuncia este pasaje de Juan de Salisbury:

“Traditum quidem est, grammaticam esse recte scribendi, recteque loquendi scientia. Recte quidem dicitur, ut vitium excludat, ut scilicet in scribendo sequatur orthographiam, in loquendo, artis et usus auctoritatem” (58).

Triple papel que hace de la gramática algo más que un saber esotérico, pues enseñando las reglas generales de la expresión, representa la apertura de todos los dominios posibles del saber, constituyéndose no sólo en el fundamento de las artes liberales del Trivium y el Qua-

55. Gerardi Joannis Vossii. *Op. Cit.* p. 4.

56. Francisco Sánchez de las Brosas. *Op. Cit.*, p. 48.

57. Dionisio Tracio. Citado por Hans Arens. *Op. Cit.* Tomo 1. p. 39.

58. Curzio Chiesa. *Op. Cit.* p. 197.

44. Citado por Arens. *Op. Cit.* Tomo 1. pp. 33-34.

45. C. Chiesa. *Op. Cit.* p. 194.

drivium⁽⁵⁹⁾, sino en la expresión por excelencia de la scientia de su época⁽⁶⁰⁾.

En efecto, ya desde Varrón la Gramática figuraba no sólo como la disciplina primera de las "novem disciplinae", sino incluso como la ciencia fundamental del Trivium, seguida de la Dialéctica y la Rethórica, y así figuró hasta muy entrado el siglo XVII, cuando extendida y recomendada por Boecio, Casiodoro, Marciano Capella y Alcuino entre otros, esta organización del saber fue avalada por la estructura académica de las Universidades y Monasterios⁽⁶¹⁾.

Esta posición privilegiada de la Gramática es la que nos permite a su vez entender por qué razón la lengua depositaria de la Verdad —el latín— iría a convertirse por razones político-religiosas fundamentalmente, en su término equivalente; hasta el punto de que del siglo II a Dante, Grammatica llegase a designar a menudo "la lengua latina como tal".

"El latín puede decirse gramática, puesto que los atributos que lo definen son los mismos que aquellos que se aplican a la ciencia que la ha sistematizado desde el punto de vista morfológico y sintáctico. Para la conciencia lingüística de la época, el latín es regular, universal, estable, inmutable, es decir todo lo contrario de la lengua vulgar viviente, particular, cambiante y que es tomada, como lo dice Dante, 'sine omni regula...'. El latín es una gramática puesto que es él mismo su propio criterio de corrección, su medida, su regla y su condición de existencia"⁽⁶²⁾.

He aquí la razón de ser de tantos y tantos tratados que durante esta época intentaron comprender la

armazón interna de la lengua latina, o que en su lugar trataron de acomodar las lenguas vulgares a dicho modelo, con el ánimo de estabilizarlas, de enaltecerlas e incluso de purificarlas o refinarlas.

Pero quizá sea en la organización interna de las partes que componen una Gramática, en donde puede evidenciarse el hecho de que su saber descansa en la "misma disposición epistemológica que la ciencia natural o las disciplinas esotéricas"⁽⁶³⁾ que le son coexistentes:

El esquema fundamental de las Gramáticas latinas, dice Arens revisando lo que la tradición nos ha legado del *Ars Grammaticae* de Remio Palemón, es el siguiente:

"1. Fonética: voz, letra, sílaba. 2. Las partes del discurso con la declinación y la conjugación; el estudio de cada parte de la oración va acompañado de los accidentes. En la tercera parte se tratan las infracciones contra la corrección gramatical, como: barbarismo, solecismo, etc., y a continuación, los giros y figuras poéticas y retóricas. Después vienen apartados sobre ortografía, diferencias con el griego y métrica"⁽⁶⁴⁾.

Y este esquema, con leves modificaciones claro está pero que no lo comprometen en nada, parece repetirse a lo largo de las gramáticas de esta época. He aquí por ejemplo los trabajos gramaticales de Donato que han llegado hasta nosotros: "Ars, sive editio prima de literis, syllabis, pedibus et tonis; Etidio secunda de octo partibus orationis, y De Barbarismo, solecismo, schematibus et tropis". Así divide Antonio de Nebrija, siguiendo a Quintiliano, la parte doctrinal de la Gramática:

"En cuatro consideraciones se parte: la primera los griegos llamaron *orthographia*, que nos otros podemos nombrar en lengua romana, scientia de bien y derecha mente escribir. A ésta esso mesmo pertenece conocer el

número y la fuerza de las letras, y por qué figuras se an de representar las palabras y partes de la oración. La segunda los griegos llaman *Prosodia*: nos otros podemos la interpretar acento, o más verdaderamente, quasi canto... La tercera, los griegos llamaron *etimología*. Tulio interpretóla anotación; nos otros podemos la nombrar verdad de palabras. Esta considera la significación y accidentes de cada una de las partes de la oración que, como diremos, en el castellano son diez. La cuarta los griegos llamaron *sintaxis*, los latinos construcción; nos otros podemos la llamar orden"⁽⁶⁵⁾.

Así se distribuye la *Gramática Especulativa* de Tomás de Erfurt: Los primeros siete capítulos están dedicados a esbozar la teoría general de los modos de significar; treinta y seis capítulos exponen la forma de significación en las ocho partes de la oración y los nueve últimos capítulos están consagrados a la sintaxis, es decir a las condiciones de la estructura adecuada de una lengua.

Y así dividió Ramus su *Grammaire* en dos partes:

"La primera estaba consagrada a la etimología, lo que no quiere decir que se buscara el sentido original de las palabras, sino más bien las propiedades intrínsecas de las letras, de las sílabas, en fin de las palabras completas. La segunda parte trataba de la sintaxis. Su propósito era enseñar la construcción de las palabras entre sí por sus propiedades y consistía 'casi exclusivamente de conveniencia y comunión mutua de las propiedades, como del nombre con el nombre o con el verbo, del adverbio con todas las palabras a las que se adjunta, de la conjunción en el orden de las cosas conjuntas'"⁽⁶⁶⁾.

Dos grandes temas articulan pues el campo de la Gramática: La etimología y la sintaxis. En torno a

ellos pueden agruparse estas divisiones que las diferentes gramáticas estipulan en sus estudios, pues a pesar de su aparente disimilitud, el trasfondo teórico es el mismo: los elementos del lenguaje se componen como los demás seres de la naturaleza. Cómo se componen y por qué se componen así, es algo que los estudios gramaticales han de poner de presente. Así lo sintetiza el Brocense en su definición de la Gramática, al tomar incluso distancia con respecto a las divisiones clásicas de la Gramática: "La gramática —dice— es el arte de hablar correctamente. Además he añadido: cuyo fin es oración correcta. Esta oración consta de palabras o vocablos, las palabras a su vez de sílabas, las sílabas de letras y porque no avanzamos más haciendo divisiones, llamamos letra a la comprensión del sonido indivisible. Dividiremos pues la oración en palabras o vocablos, y los llamamos partes de la oración"⁽⁶⁷⁾.

Si la sintaxis ha de ocuparse de la construcción de las palabras entre sí, por sus propiedades, es lógico que ella deba hablar de las partes de la oración como de los elementos que permiten construirla. "La palabra —dice Dionisio Tracio— es la parte más pequeña de la oración que se basa en la unión. La oración es una unión de palabras que tiene un sentido concreto"⁽⁶⁸⁾.

Posiblemente un cuadro comparativo de las diferentes partes de la oración consideradas por cada una de las Gramáticas hasta aquí analizadas, nos permitiese tipologizar las diversas tendencias y corrientes teóricas que durante esta época se mueven. Pero lo que sí es evidente es el cargado acento semántico (por no decir lógico-metafísico) puesto en la especificación de cada una de ellas. Referida a las cosas, la palabra adquiere en relación a ellas su estatuto dentro de la oración. Al fin y al cabo, "la diversidad de las partes de la misma no está sino en

la diversidad de la manera de significar"⁽⁶⁹⁾.

Bien pudo concluir entonces Tomás de Erfurt: "No el gramático sino el filósofo que estudió las propiedades de las cosas a partir de las cuales se llega al conocimiento de los modos del ser peculiares de las diversas cosas, fue el inventor de la Gramática"⁽⁷⁰⁾.

Difícilmente podría establecerse aquí una clara separación entre el ámbito de la lógica y de la Gramática, cuando ambas disciplinas operan con las mismas entidades. Y más difícil aún resulta la separación a fines de la época renacentista cuando los glosarios de los autores clásicos fueron completados con los textos del *Organón* de Aristóteles, incorporados a la tradición latina por los filósofos árabes y cuyo resultado fue una verdadera logicización de la Gramática.

En un penetrante análisis de las categorías aristotélicas demuestra Emile Benveniste algo que aquí simplemente enunciamos:

"Aristóteles —dice— plantea... la totalidad de los predicados que pueden afirmarse del ser y aspira a definir el estatuto lógico de cada uno de ellos. Pues bien: nos parece que estas distinciones son ante todo categorías de lengua y que de hecho Aristóteles razonando de manera absoluta, topa sencillamente con alguna de las categorías de la lengua en que piensa"⁽⁷¹⁾.

Y así sintetiza Curzio Chiesa este problema en las Gramáticas medievales:

"Gramática y lógica tienen el mismo objeto y se presuponen re-

69. Antonio Quilis. *Op. Cit.* p. 30.

Quizá no haya una formulación más clara de lo que aquí decimos que la argumentación dada por el Brocense para sostener, contra muchos otros autores, la existencia de tres partes en la oración. Ver. *Op. Cit.* p. 49 sig.

70. Citado por Hans Arens. *Op. Cit.* Tomo 1, p. 59.

71. Emile Benveniste. "Categorías de pensamiento y de lengua": en *Op. Cit.*, p. 66.

recíprocamente (la oratio del gramático es la propositio del lógico. Allí donde el primero habla de impositio, el lógico utiliza intento; si de un lado se tiene el suppositum, del otro se tendrá la substantia y así sucesivamente. Abstracción hecha de las diferencias de vocabulario, el objeto en cuestión es el mismo). De una parte, la lógica está incluida en el campo de la Gramática, puesto que la oposición verdadero-falso que ella tematiza, presupone la oposición fundamental entre sentido y no sentido. De otra parte, la Gramática en tanto que ciencia de la congruencia, depende de la lógica en tanto que ciencia de la ciencia que presupone a aquella en la medida en que ella debe estar dotada de sentido. La condición de posibilidad epistemológica de la Gramática se funda sobre la condición de posibilidad semántica de la lógica: el metalenguaje semántico y el metalenguaje científico están por tanto en una relación de presuposición recíproca; la circularidad es evidente"⁽⁷²⁾.

No obstante la reivindicación de la autonomía del campo de la Gramática frente a la lógica fue la labor emprendida por los Gramáticos modistas. Fieles a la más pura tradición filosófica y gramatical, mostraron cómo tanto la lógica como la gramática debían desarrollarse a partir de una fuente única, común y externa, la Metafísica, cuya consideración debía transformar las Gramáticas lógicas en Gramáticas filosóficas o especulativas.

Juan de Salisbury, Petrus Haeliae, Martin, Roger Bacon, Juan de Dacia, Siger de Courtrai, Michel de Marbais, y Tomás de Erfurt entre otros, así lo demuestran en sus trabajos⁽⁷³⁾.

Una ciencia del sentido, y una ciencia de la verdad, debían pues

72. Curzio Chiesa. *Op. Cit.*, pp. 200-201.

73. Véanse: Henry Jacques Stiker. "Une théorie linguistique au moyen age: L'école Modiste"; en: *Rev. Science. Ph. Th.* N.º 56. 1972. p. 586 sig.

Curzio Chiesa. *Op. Cit.*, p. 202 sig.

59. Ver: *Ibidem*.

Luis Farré. "Estudio preliminar"; en Tomás de Erfurt. *Op. Cit.*, p. 21.

60. Ver: Antonio Quilis. *Op. Cit.*, p. 20.

61. ver: A. C. Crombie. *Op. Cit.* Tomo 1, p. 27 sig.

62. Curzio Chiesa. *Op. Cit.* p. 199.

63. Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*. *Op. Cit.* p. 43.

64. Hans Arens. *Op. Cit.* Tomo 1, p. 53.

65. Antonio de Nebrija. *Op. Cit.* pp. 105-106.

66. Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*. *Op. Cit.* p. 43.

67. Francisco Sánchez de las Brozas. *Op. Cit.* Cap. II, lib. 1, p. 46.

68. Citado por Hans Arens. *Op. Cit.* Tomo 1, p. 42.

fundamentarse en la naturaleza misma de las cosas, tal como lo revela la estructura ternaria del signo que acabó dando razón de ser a estos tres modos de ser reconocibles en las cosas: El *modus essendi*, el *modus intelligendi* y el *modus significandi*, dominios de la metafísica, la lógica y la gramática respectivamente.

Es pues el lenguaje reflejo fiel de las cosas, copia del mundo; y a la inversa, es el mundo un texto escrito en signos de lenguaje. Sólo por esto se comprende el que un autor anónimo de un *Tractatus de modis significandi*, pudiese haber postulado con todo derecho la existencia de una idéntica y única gramática en todas las lenguas:

“¿Son todas las lenguas (idiomata) una gramática? Sí porque la naturaleza de las cosas, sus modalidades de ser y sus modos de percepción son iguales para todos los hombres; y en consecuencia, las maneras de designar (*modi significandi*), de construir y de hablar que constituyen la Gramática son parecidas. Y así la Gramática entera que hay en una lengua es parecida a la de otra lengua y es idéntica a ésta en el procedimiento; existen diferencias sólo a causa de las diversas variaciones de las palabras (*figurationes vocum*) que son accidentes de la Gramática. El que conoce pues la Gramática de una lengua, conoce también la de las otras, y en cualquier caso, todo lo que constituye esencialmente la Gramática. El que sin embargo, no se pueda fácilmente hablar siguiendo a esta gramática otra lengua o entender a los que la hablan, proviene de la diversidad de las palabras y sus cambios, que son las propiedades accidentales de la Gramática. Las partes de la oración son en las diversas lenguas esencialmente las mismas, accidentalmente diversas. Así pues, que unas tengan un artículo o algo por el estilo y otras no, es accidental. Y así como en las diversas lenguas las partes de la oración, que son la sustancia de los modos de designación, son diversas sólo en cuanto al número, pero no en cuanto al modo, así también en

lo referente a los modos de designación; y por lo tanto, en el interior de la gramática general, sólo existen diferencias en cuanto al número” (74).

Muy cercana a esta forma de abordar el tema de la organización interna de los elementos del lenguaje, la Etimología, el otro tópico dominante en los estudios gramaticales, iría no sólo a reforzarla sino incluso a darle su razón de ser. Antonio de Nebrija así lo deja entrever cuando, al considerar la etimología como parte de la Gramática, muestra que “nos otros podemos la nombrar *verdad de las palabras*”, cuyo cometido es “considerar la significación y accidentes de cada una de las partes de la oración” (75).

Mas no es de extrañar que la connotación dada al trabajo etimológico, planteara de base el problema central al cual se refería el lenguaje: su relación con la naturaleza. Ya Platón había insinuado en su diálogo *El Cratilo*, cómo la vía de la semejanza entre las palabras y las cosas permitía dar una explicación satisfactoria de la manera como las primeras “copiaban a las segundas” (76), intentando incluso ejemplificarlo con páginas enteras de una etimología fantástica que, por lo demás, ocupa casi la totalidad de tal diálogo. Y esta perspectiva instaurada por Platón, demarcó también los rumbos de toda una

74. Citado por Hans Arens. *Op. Cit.*, tomo 1. p. 74.

75. Antonio de Nebrija. *Op. Cit.*, p. 106-107.

76. El diálogo revela esta doble alternativa para dilucidar esta relación entre palabras y cosas: En tanto lazo de unión entre ambas realidades, es la *Semejanza* del nombre al objeto la que dará a las palabras el estatuto de *Imagen* de las cosas: *aemulativo* y *convenientia* se hayan implícitamente presentes en este carácter onomatopéyico.

En tanto lazo apto o no, es la *Similitud* analógica del nombre respecto al objeto designado el que dará la *Semejanza* y asignará tal aptitud a través del juego de la *Simpatía*, figura analógica que unifica los dos aspectos.

forma de etimologización que prolongó sus raíces hasta muy entrado el siglo XVII.

Varrón y sobre todo las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla, se convirtieron en Modelos de un trabajo cuyos resultados desbordaron el campo de los estudios del lenguaje propiamente dicho y se convirtieron lentamente en el ámbito de recopilación de todo saber posible.

Así definía Petrus Heliae este trabajo etimológico:

“Etimología es la declaración de una palabra por otra u otras, que son mejor conocidas, de acuerdo con la propiedad de la cosa y el parecido de las letras; por ejemplo: lapis (piedra): *laedens pedem* (que hiere el pie); *fenestra* (ventana): *ferens nos extra* (que nos lleva afuera). Aquí por ejemplo se observa la propiedad de la cosa así como el parecido de las letras... de tal manera que Etimología vale tanto como decir verídico, pues el que etimologiza, indica el verdadero, es decir, el primer origen de la palabra” (77).

Doble semejanza articulada: la de la palabra con la cosa, formulada en términos de una relación horizontal, vale decir, la palabra como “copia de ella”; y la de las letras con la cosa designada, semejanza formulada en términos de una relación de verticalidad, cuya figura es la “simpatía” o “*aemulatio*”. Esta segunda semejanza, así a veces se desarticule, así a veces de lugar a especulaciones y analogías aventuradas, queda de todos modos asegurada por la primera.

Bellamente lo expresa el Brocense:

“Puede uno ver —dice— que los nombres y las etimologías fueron sacadas de la misma naturaleza de las cosas en aquella primera lengua, cualquiera que ella fuese. Pero así como no puede asegurar esto en las otras lenguas, así también tendría con facilidad la convicción de que puede exponerse una causa de toda lengua, cualquiera que sea su no-

77. Citado por Hans Arens. *Op. Cit.*, tomo 1. p. 62.

menclatura; si ésta es oscura en muchas ocasiones, no por esto se ha de investigar: se ocultaron a los filósofos muchas que Platón sacó a la luz, muchas encontró Aristóteles después de éste, muchas ignoró él que ahora son totalmente obvias. En efecto, la verdad se oculta, pero nada es más valioso que ella” (78).

Insistamos: si se habla de semejanza, es en la medida en que las palabras, las oraciones y por ende las lenguas o “*idiomata*”, tienen en último término una relación analógica con las cosas y con el mundo y cuya forma de operar da razón de ser a todos estos enunciados sobre el lenguaje que hemos intentado explicitar.

Planteado así el estudio de la etimología, no era de extrañar que el problema del origen del lenguaje se revelase como una elección temática ineludible. En efecto, de la alegoría bíblica de la creación al acto imperativo de un legislador que impone los nombres, las formulaciones de las teorías sobre el origen del lenguaje no hacen más que intentar fundamentar el acto primero de la designación de las cosas.

Según Diógenes Laercio, ya en Epicuro se encuentra una explicación de tal origen en la necesidad de nombrar particular que hay en cada pueblo. Así lo formula Dionisio de Sicilia en su *Biblioteca de la historia* y así expresa este triple vínculo entre etimología, semejanza y lengua madre, este hermoso texto de Sebastián de Covarrubias que bajo el título de “Al lector”, figura en su *Tesoro de la lengua castellana o española*:

“Entre otras muchas cosas con que el hombre, animal racional, se diferencia de los demás, que carecen de razón, es ser sociable, calidad propia suya. Y cuando Dios crió a nuestro primer padre, aunque le puso en el Paraíso tan rico y enojado con dotes de naturaleza y gracia, dijo: Non est bonum hominem esse solum,

78. Francisco Sánchez de las Brozas. *Op. Cit.*, p. 44.

faciamus et adiutorium simili sibi; y embiando en Adán un sueño, sacóle una costilla del costado, y formó della a Eva. Desde aquel punto que el Señor se la puso delante, emepegó a regalarse con su muger, diziéndole aquel misteriosísimo requiebro: *Hoc nunc os de ossibus meis, et caro de carne mea*.

De modo que la comunicación de entre los dos de allí adelante, fue mediante el lenguaje, no adquirido ni inventado por ellos, sino infundido del Señor, y con tanta propiedad, que los nombres que Adán puso a los animales terrestres y a las aves, fueron los propios que les competían; porque conociendo sus calidades y el que esencialmente le convenían propiedades, les dio a cada una. Que si hasta agora durara la noticia destas etimologías, no teníamos para qué cansarnos en buscar otras; pero después del diluvio, con la confusión de lenguas, se olvidó aquella, quedando en sola una familia, que Dios reservó de las demás, para usar de misericordia con el linage humano, haziéndose hombre, descendiente de Abraham, Isaac y Jacob, los cuales se llamaron hebreos y su lengua hebrea. En ésta habló Dios a Moisés y le escribió las Tablas de la Ley, y en ésta escribió el mismo Moisés los libros del *Pentateuco* y en ella vaticinaron los Profetas; pero cuando el Hijo de Dios encarnó, ya estaba mezclada con la syriaca y caldea. Lo mismo con el tiempo pudo acontecer en las demás; y así hay poca claridad cuál fuese la lengua primera y pura que se habló en España” (79).

El radical y firme convencimiento que hacía del Hebreo la lengua madre, no sólo por su antigüedad sino también porque en ella se originaron las otras, permanece casi inalterable hasta muy entrado el siglo XVIII. Y a la par con ello, las lenguas que de ella se derivaban te-

nían razón de ser en tanto descansaban en esa similitud perdida de la que habla por ejemplo Covarrubias.

Total, estos parentescos entre las lenguas se establecen la mayoría de las veces por correspondencias léxicas (es decir en base al acto originario del nombrar) que recuerdan cada vez en forma más patente las marcas de la primera denominación.

Si tal es el criterio teórico para dar cuenta de la vida de las lenguas, no es de extrañar que un autor como Teodoro Bibliander intentase “emparentar” lenguas que hoy sabemos son totalmente heterogéneas, o que se encuentren aún en el siglo XVI, árboles genealógicos como el construido por Portellus, o pirámides de las lenguas “en cuyo vértice estaba el Hebreo, del cual como parientes más cercanos procedían el Caldeo y Samaritano, y después el Fenicio, Arabe y Etíope” (80).

Este mismo espacio en el cual se construyen tanto las etimologías como las genealogías de las lenguas, define también el ámbito de los *Thesaurus* de las mismas; vale decir, aquel proyecto enciclopédico que aparece desde la segunda mitad del siglo XV y cuya meta era “no tanto reflexionar lo que se sabe en el elemento neutro del lenguaje, sino reconstituir por el encañamiento de las palabras y por su disposición, el espacio del orden mismo del mundo” (81). En 1460, se imprime el *Diccionario latino* de Johannes de Janua; en 1475, el diccionario holandés-latín y latín-holandés *Teuthonista* de Gerhard de Scueren; en 1492, se imprime el *Lexicon hoc est, Dictionarium ex sermone latino in hispanensem* y en 1495 el *Dictionarium hispanum latinum*, ambos de Antonio de Nebrija (82).

“En 1531, el de Robert Stepha-

80. Citado por Hans Arens. *Op. Cit.*, tomo 1. p. 101.

81. Michel Foucault. *Las palabras y las cosas*. *Op. Cit.*, pp. 45-46.

82. Ver Antonio Quilis. *Op. Cit.*, pp. 57-58.

nus *Thesaurus linguae latinae*; 1538 un diccionario latín-inglés; 1565 un diccionario francés-latín; 1572 el magnífico *thesaurus linguae graecae* de Enrique Estéfano del cual aparecieron nuevas reimpressiones en 1816 y 1865 en París. En cuanto a las lenguas vulgares, en 1499 se publicó un diccionario bretón, en 1547 otro del gales, en 1511 y 1560-62, el bohemio, en 1564 el polaco y en 1574 Cornelio Ciliano compuso un diccionario comparado del flamenco y de los dialectos vecinos. Aparecieron también Diccionarios políglotas, así de Ambrosio Calepino un *Dictionarium linguarum septem* (1579), al que siguió en 1598 uno de once lenguas⁽⁸³⁾.

Así justifica Covarrubias el proyecto de su *Tesoro de la lengua Castellana o Española*:

"Todo lo daré por bien empleado con que V. M. reciba este mi pequeño servicio con grato ánimo, dándome licencia le ponga el nombre de Tesoro por conformarse con las demás naciones

que han hecho diccionarios copiosos de sus lenguas: Y de éste no sólo gozará la española pero también todas las demás, que con tanta codicia procuran aprender nuestra lengua, pudiéndola agora saber de rayz, desengañados de que no se deve contar entre las bárbaras, sino yguarlarla con la latina y la griega, y confesar ser muy parecida a la hebrea en sus frases y modos de hablar"⁽⁸⁴⁾.

Todos estos aspectos que hemos mencionado dejan pues entrever la coherencia interna que ellos guardan entre sí a lo largo de esta época que hemos considerado. Ciertamente no se ha pretendido dar cuenta de todas las opciones teóricas que en su transcurso aparecieron, ni mucho menos se buscó analizar cada uno de los tópicos desarrollados. Intentamos simplemente, como dice Foucault, mostrar cómo

"la experiencia del lenguaje pertenece —en esta época— a la misma red arqueológica que el

conocimiento de los seres de la naturaleza: conocer las cosas es revelar el sistema de semejanzas que las hace ser próximas y solidarias unas con otras; pero no es posible destacar las similitudes, sino en la medida en que un conjunto de signos forma, en su superficie, el texto de una indicación perentoria... De la misma manera, aunque casi por inversión, el lenguaje se propone la tarea de restituir un discurso absolutamente primero, pero no puede enunciarlo sino por aproximación, tratando de decir al respecto cosas semejantes a él y haciendo nacer así al infinito las fidelidades vecinas y similares de la interpretación"⁽⁸⁵⁾.

Ciencia de la letra, órgano discursivo del saber, doctrina de la expresión dotada de sentido, este triple papel define en síntesis, la empresa de las llamadas Gramáticas Especulativas o filosóficas que aún a mediados del siglo XVII siguen fieles a esta forma de concebir el lenguaje.

políticas educativas en los planes de desarrollo económico-sociales de Colombia en la década 1950-1960

edgar ramírez

Los documentos presentados al gobierno nacional por las misiones: "Currie" y "Lebret" en 1951 y 1957 respectivamente^(*), como resultado de los estudios socio-económicos realizados en el país y algunos programas que se sugieren como políticas de desarrollo futuros, marcarán los primeros pasos para una política de planeación en Colombia. Estos documentos son considerados los primeros planes de desarrollo oficiales; primero:

* Este artículo hace parte de una investigación titulada "Estado, planeación y políticas educativas en Colombia, 1950-82".

** El autor es sociólogo de UNAULA, profesor en la Facultad de Sociología de la misma universidad y profesor en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional, Seccional de Medellín.

1. Los informes referidos son: "Programa de fomento para Colombia", de la misión dirigida por Lauchin Currie entregado en 1951, auspiciado por el BIRF en colaboración con el gobierno colombiano. "Estudios sobre las condiciones de desarrollo de Colombia", de la misión económica y humanismo, auspiciada por el Comité Nacional de Planeación de la Presidencia de la República.

porque estas misiones fueron financiadas por gobiernos colombianos. Segundo: por la influencia de éstas en las futuras políticas ha desarrollarse en algunas administraciones.

Los documentos de las misiones "Currie" y "Lebret" constan en síntesis:

1. Un diagnóstico de la realidad social, económica y de servicios (obras públicas) del Estado en la década 1945-1955, haciendo un análisis del desarrollo general del país.
2. Unas recomendaciones para futuras políticas oficiales (reformas, correctivos, inversiones, gastos, etc.).

La población colombiana para 1950, es de aproximadamente once millones de habitantes, con un índice de crecimiento anual del 2.15%, basados en los datos del último censo en el país de 1938. De esta población total se calculan que el 70% son habitantes del campo, distribuidos en las distintas regiones del país, desproporcionadamente según Currie en "Programa de Fomento para Colombia".

83. Citado por Hans Arens. *Op. Cit.*, tomo 1. p. 93.

84. Sebastián de Cobarrubias. *Op. Cit.*, p. 18.

85. Michel Foucault. *Las palabras y las cosas. Op. Cit.*, p. 49.